

La Vida Religiosa en la Misión Continental

Roberto Tomichá, ETAP

Resumen

.....
En el actual contexto de la sociedad latinoamericana y caribeña, los religiosos y las religiosas quieren colocar al centro de sus opciones y esfuerzos de revitalización personal e institucional, la Buena Noticia de Vida de Jesús que “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos” (Hech 10,38) de sus diversas dolencias y enfermedades. La primera y fundamental misión de la Vida Religiosa es ser verdadera comunidad, testimonios creíbles de vida plena, auténtica, abundante (cf. Jn 10,10), desde la experiencia personal de cada uno/a y en sus relaciones interpersonales e interculturales. La vida religiosa, ¿podrá dejarse interpelar por las inquietudes del hombre y la mujer de hoy para responder a sus búsquedas profundas? ¿No será que todavía tenemos una concepción, visión y práctica misionera desfasada de las sensibilidades de la época actual?

.....
No atual contexto da sociedade latino-americana e caribeña, os religiosos e as religiosas querem colocar ao centro de suas opções e esforços de revitalização pessoal e institucional, a Boa Notícia de Vida de Jesus que “passou fazendo o bem e curando a todos os oprimidos” (Hb 10,38) de suas diversas doenças e enfermidades. A primeira e fundamental missão da Vida Religiosa é ser verdadeira comunidade, testemunhos acreditáveis de vida plena, autêntica,

abundante (cf. Jn 10,10), desde a experiência pessoal de cada um/a e em suas relações interpessoais e interculturais. A vida religiosa poderá deixar-se interpelar pelas inquietudes do homem e a mulher de hoje para responder às suas buscas profundas? Não será que ainda temos uma concepção, visão e prática missionária defasada das sensibilidades da época atual?

.....

El DA reconoce el “despertar misionero” de la Iglesia en América Latina y El Caribe e invita a todos sus miembros a ponerse “en estado permanente de misión” (DA 551) para hacer realidad el tema de la V Conferencia: “que nuestros pueblos tengan vida” (cf. Jn 10,10). Este llamado a una Misión Continental permanente desde la vida y a favor de la vida, será posible si los cristianos y cristianas asumen esta apuesta a favor de la vida en todos los ámbitos familiares, sociales, culturales, religiosos, y si las iglesias locales se esfuerzan de verdad en el proceso de “conversión pastoral” en sus instancias personales, comunitarias e institucionales (cf. DA 365-372).

En el actual contexto particular de la sociedad latinoamericana y caribeña, la Iglesia, los religiosos y las religiosas han de colocar en el centro de sus opciones y esfuerzos de revitalización personal e institucional, la vida

y Buena Noticia de Jesús que “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos” (Hch 10,38) de sus diversas dolencias y enfermedades. De modo que la primera y fundamental misión de la VR, no sólo en el Continente sino en todo el universo, es ser testimonio creíble de *vida plena, auténtica* (en quechua: *sumaj kaw-say*), *abundante* (cf. Jn 10,10) de cada uno y cada una en la integridad de sus dimensiones. La salud, pertinencia, profecía, significatividad, futuro..., es decir, la misión de los religiosos y las religiosas depende muy estrechamente de su apuesta por la realidad real de toda humana criatura, por la vida verdadera de nuestros pueblos, por la recuperación de la humanidad verdadera de quienes creen en el Misterio de la vida más allá de los confines religiosos institucionales.

La VR en América Latina y el Caribe, ¿podrá dejarse interpelar por las inquietudes del hombre y la

mujer de hoy para responder a sus búsquedas profundas? ¿Qué concepción, estilo, lenguajes, expresiones de misión son más apropiados? ¿No será que todavía tenemos una visión misionera desfasada de las sensibilidades de la época actual? ¿Existe un aporte específico, místico-profético misionero, de la VR para el Continente? Ofrecemos algunas reflexiones a partir del DA.

Ante una realidad compleja se requieren también posturas abiertas, actitudes profundas de escucha y aprendizaje, interrelación con diversas disciplinas y ciencias, con el propósito de comprender mejor la situación y así ofrecer orientaciones mejor sustentadas para la mujer y el hombre de hoy

yor profundidad el nivel cultural: se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios; se sobrevalora la subjetividad individual debilitando los vínculos comunitarios; se vive el tiempo y el espacio más en dependencia de los fenómenos sociales, económicos y tecnológicos; se abandona la preo-

cupación por el bien común para dar paso a los deseos individuales; se crean nuevos derechos individuales relacionados con la sexualidad, la familia, las enfermedades y la muerte (DA 44). Parece que estamos inmersos/as en una “especie de nueva colonización cultural” (DA 46), que resquebraja el modelo cultural hasta ahora vigente, afectando no sólo a niños y jóvenes, sino también a adultos y, por supuesto, a los miembros de las instituciones religiosas, sin distinciones sociales, culturales, lingüísticas o generacionales.

Como señala Zygmunt Bauman, nuestra sociedad global tiene gran-

1. CAMBIO DE ÉPOCA Y NUEVOS ESTILOS DE SER, PENSAR Y VIVIR

En nuestra sociedad mundial, latinoamericana y caribeña, vivimos un *cambio de época* que se expresa en una “nueva visión de la realidad” dominada por la ciencia, la técnica, la electrónica, los medios de comunicación social, la biotecnología... puestas casi exclusivamente al servicio del mercado, siguiendo criterios únicos de eficacia, rentabilidad y funcionalidad. Es un cambio que afecta con ma-

des dificultades para asumir la alteridad y convivir con el diverso, con el otro, con la otra, con los nuevos sujetos emergentes; en un contexto complejo, incierto, amenazador y desafiante, nuestras relaciones interpersonales son cada vez más frágiles. Vivimos en una sociedad resbaladiza, “líquida”, que fomenta interrelaciones humanas sin fundamentos, “relaciones de bolsillo”, inconsistentes, momentáneas, virtuales... En esta mentalidad cibernética y digital el mismo “amor al prójimo”, “amor de pareja”, amor erótico-agápico, se ha convertido también en pasajero, inestable, “líquido”¹. Esta realidad -con sus virtudes y defectos- afecta tanto a los nuevos miembros de comunidades religiosas como a quienes proceden de una época cultural anterior.

El cristianismo mundial y continental, y particularmente la VR, ¿será capaz de cambiar su modelo tradicional e intentar responder a las antiguas y nuevas generaciones en búsqueda constante de respuestas humanas profundas más allá de una visión meramente “líquida!” de la vida? Sin duda que, ante una realidad compleja se requieren también posturas abiertas, actitudes profundas de

escucha y aprendizaje, interrelación con diversas disciplinas y ciencias, con el propósito de comprender mejor la situación y así ofrecer orientaciones mejor sustentadas para la mujer y el hombre de hoy. Los religiosos y religiosas, ¿somos *realmente* conscientes de la situación y, de ser así, estamos *realmente* dispuestos/as a transformar nuestros esquemas personales e institucionales para una *nueva misión* donde nosotros/as no seremos más el centro?

2. EN POS DE UN “SENTIDO UNITARIO Y COMPLETO DE LA VIDA HUMANA”

La nueva y compleja realidad evidencia con claridad la “crisis de sentido”, sentido de “unidad a todo lo que existe” y “sucede en la experiencia”, y la búsqueda de un “sentido unitario de la vida” (DA 37, 38, 60) abierto a la experiencia del Misterio. Esta profunda aspiración a la unidad, que integra la dimensión social y cósmica “*ad extra*” con la unidad personal “*ad intra*” en lo humano, corporal, afectivo, sexual, parece ser uno de los primeros desafíos a la misión continental y una interpelación a la VR a *ser* y *mostrar* antes que nada una *vida*

auténtica. Para ello, es urgente superar los diversos dualismos que han marcado la vida eclesial latinoamericana y caribeña, y el estilo de misión colonial. Si queremos colaborar en la búsqueda de unidad y armonía, será preciso recuperar el sentido profundo de nuestra vida desde la experiencia de encuentro personal y comunitario con Jesucristo vivo. Es decir, se requiere una experiencia integral, armónica, una vida espiritual, que no se fundamenta en lo institucional, jurídico, o en los preceptos éticos o morales en sí mismos, sino en el Amor encarnado. Como señala el Papa Benedicto XVI, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus Caritas Est*, N° 1).

Si en la realización de la misión permanente continental una atención particular tienen las personas que viven en la calle, migrantes, enfermos, adictos dependientes, detenidos en cárceles (DA 407-430), además de los sujetos nuevos o emergentes, como indígenas, afrodescendientes, niños/as, adolescentes, jóvenes, mujeres y

otros, significa que las personas mencionadas son al mismo tiempo sujetos y agentes de la misión. Quien se siente ciudadano/a vivo/a en la Iglesia, ha de tener *participación activa y creativa* en todo el proceso misional y en sus diversos ámbitos comunitarios e institucionales. Para ello, la Iglesia institucional (conferencias episcopales, diócesis, parroquias, VR, etc.) ha de abrir sus puertas a los sujetos emergentes, ofreciéndoles espacios y recursos necesarios.

En este proceso, nuestras comunidades cristianas y religiosas, atentas a la inspiración del Espíritu Santo, han de pasar de un estilo o modelo de Iglesia piramidal, vertical, muchas veces autoritario, a un modelo más corresponsable, comunitario y dialogal, que ofrezca a cada creyente la posibilidad real de alcanzar su propia unidad interior, una vida plena, desde el encuentro personal con Jesucristo vivo. Entre los ámbitos prioritarios de presencia-misión evangélica, Aparecida, sin descuidar el matrimonio y la familia, menciona a los niños, adolescentes y jóvenes, ancianos, mujeres, varones y padres de familia, y los espacios dedicados a la defensa de la vida y al cuidado del medio ambiente (DA 431-475). En estos y otros ámbi-

tos, la VR, en cuanto discípula-misionera y a través de cada uno/a de sus miembros, está llamada a ofrecer a cada humana criatura “aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación podrán proporcionarle” (DA 41).

3. MISIÓN: “FOMENTAR UNA CULTURA DE LA VIDA”

La misión cristiana estuvo históricamente condicionada por su alianza política y económica con los poderes de turno. Muchos pueblos del sur del mundo, ahora cristianizados aunque no del todo evangelizados, han conocido el cristianismo en estrecha vinculación con las potencias de la época (España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda, Estados Unidos...). En este contexto, la misión insistía mucho en las verdades dogmáticas, la moral individual, el legalismo sacramental y la necesidad de salvación eterna individual. En nuestro Continente, aunque ciertamente hubo históricamente propuestas misionales alternativas y grandes misioneros/as santos/as, la mentalidad misionera colonial, con tintes paternalistas, marcó en general

el ser y quehacer de la misión cristiana, llevada adelante sobre todo por la VR, y cuya influencia persiste aún en ciertos ambientes eclesiales.

Hoy en día, en un contexto sociocultural post-moderno (post-cristiano) globalizado, cuando la Iglesia pierde cada día más su poder socio-político e influencia en las sociedades latinoamericanas y caribeñas de tradición “cristiana”, la vida-misión cristiana está llamada a presentarse al mundo con características y actitudes más evangélicas y proféticas. La pertinencia, actualidad y significatividad del cristianismo como propuesta religiosa hoy dependerán en gran medida de su capacidad de desprenderse de su herencia colonial para volver a sus raíces evangélicas: el estilo apostólico del seguimiento de Jesús y el testimonio vivo de las primeras comunidades cristianas bajo la guía e impulso del Espíritu Santo, único “protagonista de la Misión” (RM 21). Al respecto, Aparecida propone un rostro concreto de Iglesia: discípula-misionera a favor de la vida. Este rostro profético del cristianismo en la Iglesia se ha de expresar o verificar en indicadores concretos o actitudes creíbles de

servicio a la vida de nuestros pueblos. ¿Cuáles son estos signos de vida y credibilidad evangélica que ofrecen hoy las comunidades religiosas?

En relación al discipulado-misionero, expresa el Papa Benedic-

to XVI: “*Discipulado y misión* son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo o la discípula está enamorado/a de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4,12). En efecto, el discípulo y la discípula sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro” (*Discurso Inaugural*, 3). El discipulado es “inseparable” de la misión (DA 278) y es constitutivo en la experiencia de fe en el Resucitado de toda comunidad cristiana. Jesucristo, “el Mesías, el Hijo de Dios” (Mc 1, 1), el único Maestro (cf. Mt 23, 8), cuyas palabras son Espíritu y Vida (cf. Jn 6, 63.68), “es el primer y más grande evangelizador enviado por Dios (cf. Lc 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios” (cf. Rm 1, 3), que proclama

Entre los signos de credibilidad de la misión cristiana y de presencia de la VR, se encuentra “la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana” (DA 146)

“la Buena Nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación” (DA 103). Desde esta experiencia del Misterio, auténticamente vivida, será posible recuperar la visibilidad y atracción del cristianismo en los diversos

espacios no sólo intra-eclesiales (familia, parroquia, movimientos eclesiales, comunidades eclesiales de base, seminarios y casas de formación religiosa...) sino principalmente sociales, culturales, políticos..., y en contacto con personas de diversas tendencias filosóficas, políticas y religiosas.

Entre los signos de credibilidad de la misión cristiana y de presencia de la VR, se encuentra “la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana” (DA 146). La VR busca responder a los anhelos profundos de la persona humana en todas sus dimensiones: sed de Dios, latente en toda persona humana; lucha por la vigencia de los derechos humanos; búsquedas de la verdad; deseo de

igualdad, justicia y paz; no violencia activa; preocupación ecológica y amor a la naturaleza. En este sentido, entre los criterios de verificación de una VR auténtica habría que indicar, por una parte, la salud personal psico-afectiva y socio-relacional de su miembros *en sus propias comunidades* religiosas y, por otra, el compromiso de una comunidad en “fomentar una cultura de la vida”, una “promoción de todo el hombre y de todos los hombres (cf. N° 14)” (DI 4), que responda a la propuesta de Cristo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

La Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Religiosos y Religiosas (CLAR) en su plan global 2006-2009 ha colocado en el centro de sus preocupaciones la búsqueda de “una VR místico-profética al servicio de la vida”. En las últimas décadas, la VR en el Continente ha querido colocarse en las fronteras socio-culturales, al lado de quienes luchan por la justicia, por los pobres y excluidos, con presencias de inserción en medios populares; no siempre, sin embargo, supo acompañar la vida plena interior o el proceso humano-religioso de sus miem-

bros. La perspectiva parecía ser más “ad extra”, el compromiso social, cultural, político..., no siempre a la par de experiencias de auténticas relaciones fraternas y sororales. La frase “vida en abundancia”, como expresión profética cristiana, se entendía más “fuera” del ámbito comunitario. Con seguridad se hicieron muchas “obras” buenas, pero queda siempre la pregunta si los/as religiosos/as comprometidos/as en los ámbitos señalados, experimentaron *en el interior* de la propia comunidad aquella misma “vida en abundancia” prometida por Jesús (Jn 10,10). En los últimos años, la insistencia parece centrarse en la *misma* comunidad religiosa como testimonio creíble de misión cristiana. La búsqueda sincera y el esfuerzo permanente por vivir relaciones fraternas y sororales auténticas en los espacios comunitarios religiosos, es una de las primeras tareas de la VR hoy. Nos preguntamos si somos realmente, como suele afirmarse, ¿“expertos/as en comunión” y relaciones interpersonales? ¿No son una de las muchas “frases de cajón” que repetimos? ¿Realmente creemos y apostamos desde la fe por una auténtica vida fraterna y sororal?

4. SUPERAR “EN LOS IMAGINARIOS COLECTIVOS UNA MENTALIDAD COLONIAL”

La cuarta redacción del Documento conclusivo aprobado por los obispos latinoamericanos y caribeños en Aparecida, el 31 de mayo de 2007, señalaba que “permanece aún en los imaginarios colectivos una mentalidad colonial con respecto a los pueblos originarios y afroamericanos” (DA 96 final). Esta “mentalidad colonial” -expresión suprimida en el documento oficial²- se expresa en los proyectos, actitudes, pensamientos, relaciones y vida concreta de los hombres y mujeres de nuestro Continente más allá de sus condiciones personales, sociales, culturales y religiosas. La segunda redacción del Documento señalaba entre las “condiciones para la afirmación de la plena ciudadanía” de los pueblos indígenas y afrodescendientes la necesidad de “descolonizar las mentes, el conocimiento” (Nº 118) de los hombres y mujeres de Iglesia. En efecto, la actividad misionera en América Latina y el Caribe está todavía condicionada por su herencia colonial que impide en gran medida una auténtica evangelización.

Es una *colonialidad* que invade todos los ámbitos de la sociedad y de la Iglesia, toca la misma interioridad de las personas y se expresa particularmente en las relaciones con sujetos o grupos humanos diversos que no se encuadran en un determinado modelo eclesial y religioso unilateral, mono-cultural y excluyente: niños, mujeres, jóvenes, indígenas, afrodescendientes, migrantes, gays, prostitutas, lesbianas, homosexuales, etc. Esta colonialidad podría ser distinguida en tres dimensiones básicas: el poder, el saber y el ser³.

En el primer caso, la colonialidad del *poder* se expresa sobre todo en la centralidad de lo económico y en el dominio de la naturaleza: aleja a la persona humana de una espiritualidad desde y al servicio de la vida y usa la religión y la lengua para mantener su hegemonía. En nuestras comunidades religiosas, ¿será que realmente ayudamos a plasmar relaciones realmente evangélicas al servicio de la vida: menos paternalistas y con lenguajes descolonizados? ¿Qué espacios reales ocupan en las Instituciones religiosas los y las diferentes por diversos motivos: extracción social, procedencia indígena, descendencia africana, modos de pensar y

concebir la realidad, experiencias particulares vividas, formas personales de expresarse, etc.?

La colonialidad del *saber* convierte a la razón en instrumento de dominio y hegemonía y al mundo en mercancía, olvidándose de que el ser humano antes que racional es afectivo. De allí la urgencia de armonizar afecto y pensamiento, pues las personas humanas pensamos y decidimos más con y desde el corazón: ¡somos co-razonantes! Ante tal situación, como hombres y mujeres de Iglesia, y particularmente de la VR, estamos llamadas/os a escuchar y aprender, por ejemplo, de otras sabidurías, como las milenarias de los pueblos indígenas, cuyo horizonte de vida se expresa en la reciprocidad comunitaria, la dualidad de relaciones, la armonía con la naturaleza, etc. Es preciso abrirnos a otras lógicas que superan la episteme fragmentada del conocimiento colonial al servicio del poder y no de la vida. Un desafío a los/las religiosos/as en su misión: superar

*Si la VR ha sido
artífice y protagonista
de la misión en el
Continente durante
muchos siglos, hoy tiene
una tarea urgente de
replantear a la luz
del Evangelio los
fundamentos,
características, estilos,
metodologías,
espiritualidad de su
acción misionera*

nuestra mentalidad racional occidental centrada en la hegemonía de la razón para dar espacio a la centralidad de las relaciones de vida. En nuestras comunidades religiosas, ¿sigue ocupando un lugar exclusivo la racionalidad occidental? ¿Somos capaces y queremos integrar otros saberes? Este es un campo prioritario de contribución a la misión en

el continente.

La colonialidad del *ser* es la más profunda e interiorizada, pues opera en la subjetividad, corporalidad (sexualidad) y alteridad de la persona, y es donde se arraiga y actúa con eficiencia el poder antropocéntrico masculino y excluyente. Es la supremacía y dictadura del uno (mono), de lo parcial, que se considera amo del universo y se propone como criterio único y universal para todos y todas, excluyendo las diferencias. ¿Por qué no escuchamos y aprendemos las sabidurías, por ejemplo, de nuestros pueblos indígenas que viven la realidad existencial con acento

más complementario, recíproco, plural y cósmico? En nuestras comunidades religiosas, ¿podremos escucharnos, aprender y convivir juntos y juntas anticipando el Reinado de Dios?

Si la VR ha sido artífice y protagonista de la misión en el Continente durante muchos siglos, hoy tiene una tarea urgente de replantear a la luz del Evangelio los fundamentos, características, estilos, metodologías, espiritualidad de su acción misionera.

5. AUTOCRÍTICA INSTITUCIONAL: “NOS HA FALTADO VALENTÍA, PERSISTENCIA Y DOCILIDAD A LA GRACIA”

Una fe cristiana “reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a

La autocrítica institucional no es creíble si no se expresa en la conversión eclesial que busca renovar sus propias estructuras internas para que sean no sólo funcionales a los nuevos tiempos, sino que respondan al Espíritu Santo, que exige un testimonio más auténtico

moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados” (DA 12) no puede resistir el actual cambio de época. Muchos creyentes abandonan la comunidad cristiana y se integran a los demás grupos cristianos no tanto por lo que aquellos creen, sino por su estilo de vida, “no por razones doctrinales, sino vivenciales; no por motivos

estrictamente dogmáticos, sino pastorales; no por problemas teológicos, sino metodológicos de nuestra Iglesia” (DA 225).

En un esfuerzo de *autocrítica institucional*, los obispos en Aparecida reconocen las sombras en la fidelidad al Dios de la historia: “nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia para proseguir, fiel a la Iglesia de siempre, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, impulsada por las anteriores Conferencias Generales, y para asegurar el rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia” (DA 100h). En concreto, se requiere un cambio de mentalidad

que se exprese no sólo en “nuevas actitudes pastorales” (DA 291), sino en las mismas “estructuras eclesiales” que no han sido “suficientemente abiertas” (DA 100f) para acoger, por ejemplo, a los migrantes, itinerantes, niños infractores, jóvenes, mujeres, etc.

La revitalización en el interior de la propia Iglesia exige “reformas espirituales, pastorales y también institucionales” que respondan más fielmente “al Espíritu Santo que la conduce” (DA 367). Una verdadera conversión integral del Pueblo de Dios comienza por los pastores (obispos, presbíteros, diáconos...) en sus propias comunidades. En efecto, “ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe (DA 365). Esta *conversión pastoral* está motivada, por una parte, en el “modelo paradigmático” de “las primitivas comunidades cristianas (cf. Hch 2, 42-47)”, que supieron “evangelizar de acuerdo con las culturas y las circunstancias”; y, por otra, en “la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II, el camino sinodal en el postconcilio y las anteriores Conferencias Gene-

rales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe” (DA 369).

La autocrítica institucional no es creíble si no se expresa en la conversión eclesial que busca renovar sus propias estructuras internas para que sean no sólo funcionales a los nuevos tiempos, sino que respondan al Espíritu Santo, que exige un testimonio más auténtico. Esta es la misión “*ad intra*” permanente que han de vivir los cristianos en todo tiempo y lugar. Esto que se dice en general para la Iglesia, es muy válido también para la VR del Continente que necesita no sólo una autocrítica teórica, sino decisiones institucionales concretas que promuevan una verdadera revitalización eco-antropo-espiritual en pos de una nueva VR posmoderna y poscolonial.

6. “... FOMENTAR EL DIÁLOGO INTERCULTURAL, INTERRELIGIOSO Y ECUMÉNICO”

La alternativa a la colonialidad se manifiesta en el *diálogo* sin condiciones, tarea urgente para la misión eclesial si quiere tener futuro. Aparecida señala a propósito la necesidad de “fomentar el diálogo intercultural, interreligioso y ecu-

ménico” (DA 95), es decir, promover comunidades cristianas y religiosas capaces de vivir e irradiar la Buena Noticia de Vida en el actual contexto de cambio de época y de nuevos paradigmas que exigen una re-lectura o re-vitalización profunda del ser y quehacer de la vida y de la misión cristiana. Una característica de la misión permanente poscolonial dentro y fuera de la Iglesia se expresa en el diálogo intercultural. La interculturalidad es uno de los urgentes desafíos para los religiosos y las religiosas del Continente.

Entre tantas acepciones, entendemos por interculturalidad aquella “interacción -deliberada- entre las personas de procedencia cultural distinta que acredita el aprendizaje mutuo mediante el diálogo, apoyada en el principio de dignidad y soberanía de todas las culturas históricas, originarias y comunicables entre sí”. El mismo prefijo “inter” expresa con claridad “la relación de semejanza-diferencia existente entre las filosofías, culturas y religiones”, superando “el planteamiento comparativo al negar la posible existencia de un punto externo o neutral desde donde se pudiera comparar con justicia”⁴. La interculturalidad entonces no es una teoría, es una experiencia de

interrelación, reciprocidad, equilibrio, que presupone la capacidad de apertura interior, escucha sincera, encuentro entre diferentes, aprendizaje mutuo, reconciliación recíproca, que busca construir entre todos y todas un proyecto nuevo de sociedad y de Iglesia más auténtica. Supera el planteamiento multicultural liberal-democrático de la tolerancia, es decir, la presencia en un mismo lugar de pueblos y culturas diversas, que no necesariamente se relacionan y compenetran entre sí. El diálogo intercultural es, pues, un proceso que ofrece a cada miembro, sin ninguna excepción, la facultad y posibilidad real de contribuir, desde lo propio, a la revitalización personal, comunitaria y estructural de una Iglesia, que habría de re-leer y re-plantearse el propio estilo de vida uniforme y mono-cultural en su vida interna, relaciones interpersonales, acogida a las nuevas generaciones, recepción de los nuevos grupos culturales, expresiones litúrgicas, proyectos pastorales, etc.

De modo que la misión se entiende principalmente como: escucha de las alteridades, encuentro con las diferencias personales, sociales, culturales y religiosas; aprendizaje recíproco en las experiencias diarias; disponibilidad constante al

cambio de mentalidad, actitudes, presupuestos incorporados, prácticas sutiles de dominación colonial; superación de la dialéctica clero-laicado, carisma-institución, varón-mujer; etc. Es preciso reaprender, re-leer, el Misterio de Cristo, y comunicar a los demás con lenguajes nuevos y creativos las propias experiencias vividas. Es lo que señalan las orientaciones de los últimos Congresos Misioneros realizados en el Continente: una misión permanente “desde la pequeñez, la pobreza y el martirio” (CAM 2, Guatemala, 2003) dispuesta a “escuchar, aprender y anunciar” (cf. CAM 3, Ecuador, 2008). El mismo DA, insiste en un discipulado misionero que escucha los signos de los tiempos nuevos del mundo actual (DA 33, 336).

En definitiva, se trata de volver a las raíces de la propuesta evangélica de Jesús, realizada en las experiencias de las primeras comunidades cristianas y recordadas muchas veces por los fundadores y las fundadoras de los diversos Institutos religiosos, quienes supieron conjugar -no sin tensiones- la fe cristiana y las diferencias culturales, dando a luz un cristianismo plural en lenguas, ritos, mentalidades, estilos comunitarios, acentos teológicos, etc. Este proceso será

posible sólo desde el presupuesto de una profunda experiencia místico-espiritual, una mística en sintonía con la vida cotidiana de los hombres y mujeres de hoy a la que están llamados/as de modo particular los religiosos y las religiosas. Necesitamos una visión crítica de la realidad y de la vida cotidiana: dentro de la misma VR y en sintonía con nuestros semejantes en la Iglesia y en la sociedad (diálogo intracultural, eclesial y social), y con personas de otras culturas o religiones (diálogo intercultural e interreligioso). No se trata de un aspecto secundario, sino fundamental, pues está en juego la existencia misma de la VR: “en el siglo XXI, el rostro de la nueva fraternidad y sororidad será intercultural o no será”⁵. ¿Cómo nos preparamos a un verdadero diálogo intercultural desde nuestras espiritualidades y carismas particulares?

7. DESDE “EL SÓLIDO FUNDAMENTO DE LA TRINIDAD AMOR”

Una condición fundamental para la misión permanente es una auténtica experiencia del Misterio, una experiencia última con lo divino, presente en la diversidad de pueblos y culturas tradicionales y emergentes. En términos cristia-

nos, se trata de vivir en todas sus dimensiones “la experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable”, es decir, una vida que adquiere su sentido definitivo en “el sólido fundamento de la Trinidad-Amor” (DA 240). Un amor trinitario revelado en Jesucristo, de alcance universal, que se enriquece y

Una VR misionera es aquella que vive su discipulado desde la sencillez, la humildad, el encuentro, el diálogo, con la confianza plena en el Espíritu Santo, protagonista de la misión, y verdadero guía en la historia de los pueblos y culturas

realiza concretamente en la vivencia particular de muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Es un Amor incluyente que rebasa el espacio y el tiempo, los pueblos y las culturas, las pertenencias eclesiales y religiosas, las instituciones y los lenguajes relacionados con ciertos momentos históricos, etc. Los religiosos y las religiosas estamos llamados/as a encontrarnos con Jesucristo vivo en nuestras realidades socio-culturales concretas y redescubrir la riqueza de la vocación cristiana intercultural que hemos de anunciar con alegría (cf. DA 167).

Se trata de un retorno a la espiritualidad, a la mística, una mística entendida como “la experiencia humana por excelencia”, “la expe-

riencia integral de la vida”, que comprende la dimensión corporal, intelectual y espiritual al mismo tiempo; un constitutivo antropológico. Es una experiencia material, humana y divina a la vez, es decir, cosmoteándrica, “fruto del *ser* antes que del *hacer*”, “trascendente e inmanente a la vez”, “relacional, como la Trinidad”⁶.

¿Hasta qué punto nosotros/as hemos experimentado el Misterio relacional de la Trinidad más allá de nuestras concepciones, espacios y estructuras occidentales que suponemos universales? ¿No será tal vez que seguimos encerrando el Misterio inefable en categorías coloniales, monoculturales, siempre parciales y cada vez más alejadas de las búsquedas espirituales de los hombres y mujeres de hoy?

8. PARA SEGUIR REFLEXIONANDO: UNA VIDA RELIGIOSA QUE ESCUCHA, APRENDE Y ANUNCIA

Los últimos Congresos Misioneros Americanos han perfilado el estilo de la misión cristiana hoy en Amé-

rica Latina y El Caribe: “desde la pequeñez, la pobreza y el martirio” (CAM II, Guatemala 2003); una Iglesia que “escucha, aprende y anuncia” (CAM III, Ecuador 2008). Una Iglesia en estado de misión y, concretamente, una VR misionera es aquella que vive su discipulado desde la sencillez, la humildad, el encuentro, el diálogo, con la confianza plena en el Espíritu Santo, protagonista de la misión, y verdadero guía en la historia de los pueblos y culturas. Quien por vocación y gratuidad se dice seguidor o seguidora del proyecto de Jesús, un proyecto que busca dar sentido pleno a la vida personal, comunitaria, social, cósmica, está fuertemente interpelado e interpelada, no sólo a “estar al día” o sintonizar con un mundo en constante transformación, sino particularmente a ofrecer propuestas de sentido último a toda humana criatura que busca, muchas veces a tientas, vivir la compleja realidad con fundamentos sólidos y confiables. ¿Estaremos a la altura de las circunstancias y tendremos la suficiente osadía para responder al Espíritu Santo que nos exige vivir el estilo de misión de Jesús y sus apóstoles?

Notas

¹ BAUMAN, Zygmunt, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, primera edición en español 2005, décima reimpresión 2008 (ver reseña).

² El texto oficial aprobado dice: “En algunos casos permanece aún en los imaginarios colectivos una mentalidad y una cierta mirada de menor respeto acerca de los indígenas y afrodescendientes” (DA 96).

³ GUERRERO ARIAS, Patricio, *Corazón. Una antropología comprometida con la vida*, Fondec, Asunción, Paraguay, 2007. Ideas tomadas de la ponencia presentada por el mismo autor en el “Seminario sobre Vida Religiosa Indígena” organizado por la CLAR. Quito, 23-26 de octubre de 2008.

⁴ DE VALLESCAR, Diana, “Interculturalidad y cristianismo”, en Juan José Tamayo (dir.), *Nuevo Diccionario de Teología*, Editorial Trotta, Madrid 2005, p. 477.

⁵ DE VALLESCAR, Diana, *Tender puentes, abrir caminos. Vida consagrada y multiculturalidad*, Publicaciones claretianas, Madrid 2006, p. 16.

⁶ PANIKKAR, Raimon, *De la mística. Experiencia plena de la Vida*, Herder, Barcelona 2005, 19, cf. pp. 22, 21, 27, 69. “[...] todo hombre es místico, aunque en potencia [...] la auténtica mística no deshumaniza; nos hace ver que nuestra humanidad es más (no menos) que pura racionalidad”.

